

biara de arriba abajo; pero tambien es verdad que la transformacion gradual y lenta trajera una nueva sociedad religiosa, sin necesidad alguna de que la impusiera un gran sentimiento revolucionario. La Iglesia hubiese sido como querian los verdaderos reformadores una República y no una monarquía; una democracia espiritual y no una casta de Obispos; algo parecido al evangelio y no algo parecido al cesarismo. Sucede con las instituciones monárquicas y las instituciones parlamentarias que, contradictorias y enemigas entre sí por su origen, luchan por necesidad. Donde quiera que una monarquía debe establecerse, rompe por completo con las Asambleas deliberantes, ya la precedan, ya la acompañen, ya la sigan, ya predominen sobre ella ó ya á ella se sometan. Los reyes de Macedonia combatieron el anfictionado helénico para extender la gran tutela monárquica sobre las tierras del Peloponeso. Los Césares de Roma combatieron el senado patricio para fundar y establecer la propia autoridad absoluta. Los reyes de la Edad media, si protegieron las reuniones del estado llano, fué contra los privilegios de la nobleza y del clero, pues en cuanto los deshicieron y aniquilaron, buen cuidado tuvieron de impedir toda representacion parlamentaria, viciando y corrompiendo las Córtes; hasta los reyes mismos de Inglaterra, los jefes de aquella gran República parlamentaria no bajaron la cabeza á la representacion nacional, sino despues de largas luchas en las que unos fueron despedidos y otros decapitados. La constitucion monárquica de la Iglesia convenia, y en alto grado, cuando la Iglesia se encontraba frente á frente de una sociedad primitiva, que estaba demandando una especie de patriarcado asiático. Imposible que la civilizacion moderna hubiera podido entonces arribar á puerto, sin que la autoridad religiosa se concentrara en una sola personalidad, la cual se levantaba sobre la cúspide verdadera del mundo político, sobre la augusta cima del Capitolio romano. Pero, una vez cambiado el espíritu de las generaciones, destruido el régimen de la Edad media, iluminadas las conciencias por las ideas filosóficas, aumentando el fuego de la vida por el calor de la libertad, mayores ya las sociedades humanas, crecidas las generaciones varias, la salud del mundo cristiano se encontraba, no en la antigua monarquía absoluta de los Pontífices, sino en el régimen democrático de los concilios. Ellos, por sus deliberaciones mantuvieron el libre pensa-

miento, por sus leyes reformaran de continuo á la Iglesia, por su carácter de Asamblea abrieran el seno del catolicismo paulatinamente á todas las ideas nuevas y conjuraran la revolucion. Así es que, leyendo las sesiones del concilio de Constanza, parece que lees las sesiones de los estados generales franceses; y mirando á Juan XXIII y á Eugenio IV parece que mirais á Luis XVI de Francia ó á Cárlos I de Inglaterra. La batalla resulta en el fondo la misma; las contradicciones iguales; la causa de division entre uno y otro poder idéntica; solo varian los tiempos y las circunstancias para demostrar que es uno é idéntico siempre á sí mismo el humano espíritu. Los diputados conciliares llegan hasta destronar al Papa, ni mas ni menos que los diputados políticos de cualquiera Asamblea revolucionaria; y declaran que la Iglesia debe regirse á sí misma y por sí misma como pudiera declararlo cualquier nacion encendida en las llamas de las ideas modernas.

Así, cuantos gritaban, allá en el concilio de Constanza, en favor de las reformas, querian evitar á toda costa las revoluciones. La depravacion eclesiástica habia llegado á tal extremo que precisaba ó aplicar los remedios lentos ó esperar las extirpaciones radicales y súbitas. El placer predominaba sobre el dolor y la penitencia; los palacios episcopales parecíanse á las cortes profanas en que desde los torneos á los bailes, desde las cacerías hasta los festines, todo se celebraba en ellos menos las austeras ceremonias religiosas; vendíanse en pública subasta los perdones, los jubileos, las reliquias, cual si fueran viles objetos de almoneda; las órdenes religiosas caian poco á poco en el desórden y en la imbecilidad; celebrábanse farsas vergonzosas en los claustros y en el interior de las catedrales llenas de titiriteros, de prestidigitadores, de bufones que cometian toda suerte de indecencias; el lujo de los prelados excedia al lujo de las antiguas ciudades asiáticas; y el sensualismo llegaba hasta corromper y pervertir la sangre de la sociedad, necesitada indudablemente de rápidos y enérgicos cauterios. Así es que el concilio de Basilea dijo la verdadera palabra en aquella situacion extraordinaria y suprema cuando dijo que precisaba reformar la Iglesia en su cabeza y en sus miembros.

Y la prueba de que podia reformarla, encontrábase en la facilidad con que concluyó el cisma, merced á las resoluciones rápidas y enérgicas de la Asam-

blea. Su autoridad subió tan alto que nadie fué osado á restaurar el Papa por ella depuesto. El señor Malatesta de Rímini llegó á su seno; y en nombre del Papa Gregorio, depuso á sus piés una de las tiaras, que separaban en facciones á la familia cristiana y dividían en cismas á la Iglesia católica. El Emperador Segismundo, mas eclesiástico cada día y por consiguiente mas á servicio del concilio, emprendió largo viaje, solo para persuadir al rey de Aragon, á que moviese la voluntad de Benedicto XIII á una solemne renuncia. No pudo moverla el rey, porque aquella voluntad incontrastable se aferraba con esfuerzo sobrehumano al ejercicio de una autoridad que creía divina. Mantúvola hasta el fin de sus días; mantúvola contra las excomuniones de los Papas sus rivales, contra las sentencias de las universidades, contra los cánones de los concilios: recluso en Peñíscola, acompañado de solitario mar, con dos ó tres cardenales que él habia hecho, en aquel nido de águilas donde mostraba sus garras y su acerado pico á todos los poderes de la tierra conjurados en su contra, parecia imágen fidelísima de la humana voluntad en lucha abierta con las fatalidades de la naturaleza y de la historia, cual si pudiera vencer y contrastar al destino. Pero muerto él, aunque tuvo ánimo todavía para nombrar un sucesor y sostener así el cisma de Occidente, no mostraba el nuevo Papa, hecho de aquella singular manera, las cualidades únicas de su antecesor, modelo singularísimo de voluntad enérgica. Y como no mostraba estas cualidades, que naturaleza concede solo á sus predilectos, bien pronto le circuyeron tantos intereses como habia allí en juego, y le obligaron á deponer su inútil é irrisoria tiara. Y aquí, por vez primera, vamos á evocar un apellido que resonará con singular resonancia en toda nuestra historia. Un Alfonso de Borgia logró del nuevo anti-Papa la abdicacion necesaria. El mundo católico entraba, pues, de nuevo en la unidad, gracias al concilio de Constanza.

Y si como quiso la unidad y la logró, hubiera querido la reforma, lograrla tambien. Una grave cuestion se suscitó entonces, muy parecida en el fondo á las cuestiones que suelen suscitarse en las asambleas constituyentes. ¿Qué debia hacerse? ¿Proceder á la reforma, antes de nombrado el nuevo Papa; ó nombrar el nuevo Papa, antes de proceder á la reforma? El término primero de esta alternativa resolviera con resolucion acertadísima la grave crisis

del mundo católico. Precisaba proceder á la reforma eclesiástica antes de proceder á la eleccion del Papa. De esta suerte, libre en sus ideas la gran convencion eclesiástica, independiente de toda presion externa, sin ningun poder superior á su poder soberano, podia deliberar maduramente, si le cuadraba mas al mundo católico en su madurez la forma republicana que la forma monárquica impuesta por la necesidad y adoptada en la infancia. Aun admitiendo que no podia el catolicismo llegar en su disciplina y en sus cánones á este grado de democracia, podia muy bien redactar una constitucion é imponérsela, como base de su poder, al futuro Papa. De esta suerte, hubiera existido entre la Iglesia y su jefe un pacto que moderara el poder absoluto, y moderándolo, evitase la triste necesidad de una revolucion. Constituida estaba la asamblea eclesiástica; por completo carecia de jefe alguno visible; y el Emperador con una legion de príncipes reinantes montaba la guardia á su puerta; y los pueblos obedecian á una sus mandatos con verdadero acatamiento. Hora propicia aquella de trasformar la Iglesia. Cuando se pierde la pacífica coyuntura de las reformas, se cae en el piélagos tormentoso de las revoluciones.

Irreconciliable discordia trajo al seno del concilio la discusion empeñada acerca de estos vitales asuntos. El Emperador, con buen consejo, y los representantes de la nacion alemana querian la reforma de la Iglesia antes de la eleccion del Papa; y de igual sentir eran los representantes de la nacion británica. Los pueblos mas amenazados por la revolucion, y mas aptos para cumplirla, pugnaban, con esas adivinaciones misteriosas de que tantos ejemplos hay en la historia, por lo único que podia evitar la revolucion, por la reforma. Al revés, los pueblos de origen latino, España, Francia, sobre todo Italia, á quienes mas interesaba conservar la unidad, y que por lo mismo mayor empeño debian poner en granjearla y retenerla, cayeron tristemente en irreparable error, en el error de preferir la eleccion de un Papa al debate sobre el código constitucional, que hubiera podido conjurar todas las tormentas futuras y traer la paz al seno desgarrado de la Iglesia católica. Gerson mismo no mostró la decision y la energía que en otros menos capitales asuntos; y Pedro de Aylli, el mayor canonista de aquella asamblea religiosa, inclinóse por desgracia de todos á la reaccion pontificia. Las cinco naciones reunidas en concilio general para tratar tal diferencia, discutieron con tanto empeño,

batallaron entre sí con tanto furor, que parecía próximo á concluirse y á disolverse el concilio. El cardenal Zabarella habló con tal vehemencia que cayó muerto al pié de su silla despues de su discurso. Indignado el Emperador, levantó la sesion sin miramiento, entre los gritos y protestas de los obispos franceses, que le acusaban de cohibir y tiranizar á la Asamblea. Los acertados discursos salieron, á no dudarlo, en aquella ocasion solemne, de labios de los oradores alemanes. Moritz, profesor de teología en Praga, tuvo uno de esos arranques oratorios, que immortalizan una arenga y que convencen á la razon y persuaden á la voluntad humana. Dirigiéndose á los cardenales díjoles que llevaban su sombrero rojo tan solo para indicar la obligacion que tenian de verter su última gota de sangre antes de sancionar una mala eleccion pontificia. El elector, Federico de Brandeburgo, pintó con vivos colores á qué extremo tan escandaloso habia llegado la riqueza del clero, anunciando así en sus presentimientos la causa ocasional y primera de la inevitable revolucion. Lástima grande que la Asamblea no comprendiera toda su fuerza y no usara de toda su autoridad. Dos años habian trascurrido sin Papa; y en esos dos años se habian curado muchos de los males producidos por el siglo nefasto de los cismas de Occidente y de los cautiverios de Avignon. En vez de perseguir á Juan Hus y á Jerónimo de Praga, echándose encima una mancha indeleble y atrayéndose una eterna maldicion de la historia; en vez de perder el tiempo en disputas ó inútiles ó peligrosas como la casuística sobre el regicidio; en vez de formular aspiraciones vagas que no traian resultados prácticos; el concilio, estudiando los movimientos de ideas y de pasiones impulsados por la propaganda husita en Alemania y por la predicacion franciscana en Italia, debió subir á los tiempos primitivos de la Iglesia, hojear las páginas sagradas del evangelio, recoger la luz eterna de la razon y de la conciencia, reformando la sociedad cristiana para evitarle por todos los medios posibles una revolucion.

Por fin, se cayó en el error de nombrar el Papa antes de proceder á la reforma. Tal resolucion trascendia muy léjos, porque proclamaba ya que la forma de gobierno iba á resultar la forma monárquica, segun la tradicion, y no la forma republicana, mas necesaria indudablemente en el estado de los ánimos al universal progreso religioso. Resistieron hasta el postrer instante los ale-

manes, pero les abandonaron los mismos cardenales ingleses. Como término medio se revistió á la sociedad eclesiástica de los caracteres fundamentales de una monarquía constitucional. Convínose en que el Concilio permaneceria reunido hasta la completa reforma del mundo eclesiástico; que cada cinco años, por el pronto, y cada diez mas tarde se congregarian estas Asambleas eclesiásticas; que, en el caso de un cisma, reuniríanse por sí mismas sin necesidad de que nadie las convocase y sin que pudiesen asistir á su seno los varios y diversos anti-Papas que se encontraran en guerra. Algo era esto, algun progreso indicaba tal determinacion; pero no todo lo que pedia la crisis angustiosa de Europa y la descomposicion moral del catolicismo.

Procedióse, pues, á la eleccion. El municipio de Constanza entregó para este acto el edificio de la Bolsa. Por la mañana, los conclavistas oyeron la misa del Espíritu Santo; y el sermon pronunciado por el Obispo de Lodi sobre la índole necesaria y las calidades diversas de los Papas. En este sermon pintaba la Iglesia como nave que hace agua por todas partes; perdida el áncora, roto el velámen, tronchados los mástiles por la fuerza del oleaje y del viento. «Elegid, decia, cardenal que sea en frente de los reyes un Bautista, de los egipcios un Moisés, de los idólatras un Elías, de los embusteros un Pedro, de los blasfemadores un Eliseo, y un Jesucristo en frente de los mercaderes del templo.» Once dias duró el conclave, al cabo de los cuales quedó elegido un Colonna, bajo el nombre de Martin V. Hecha la eleccion, y sentado el nuevo Papa en su silla, dirigióse á él con humildad de penitente el Emperador Segismundo; postróse de hinojos en su presencia y le besó los piés. En seguida, el Concilio entró y acompañó al Papa desde el conclave á la catedral. Montaba Martin V blanco caballo cubierto de gualdrapa roja, y bridado con freno de oro, cuyas riendas sostenian el Emperador de Alemania y el elector de Brandeburgo. Cantóse el Te-Deum, y sintiéronse esos fáciles entusiasmos de la esperanza que desvanece tan pronto el frio asolador de la realidad. Aun resonaban los vítores, cuando ya se apercibia Martin V á disolver el Concilio. Propusiéronle todas las naciones á una la reforma eclesiástica, y se resistió con la tenaz resistencia, que oponen siempre los poderes monárquicos á los poderes parlamentarios. Las divisiones entre los representantes, avivadas con verdadera habilidad por la política páfida